

SEMINARIO INTERNATIONAL FACULTAD DE ARQUITECTURA VALLE GIULIA
ROMA, 4 diciembre 2009

DEL MONUMENTO A LA CIUDAD: UNA MIRADA A LA VALORACIÓN PATRIMONIAL MÁS ALLÁ DE LA MONU-MENTALIDAD

Prof. Carlos Mario Yory¹

*Mientras que el embalsamiento suponía un trabajo
mítico orientado a inmortalizar una dimensión
oculta, nosotros hoy sólo sabemos poner nuestra
ciencia al servicio
de la restauración de la momia,
sólo sabemos restaurar un orden visible...*

Baudrillard

RESEÑA

1

Dentro del cambiante mundo de hoy y su paulatina pérdida de referencias, uno de los temas más recurrentes, particularmente en el estudio de la ciudad, es el que tiene que ver con la preservación de su patrimonio. En este orden de ideas, conceptos como “monumento arquitectónico” o “centro histórico” cobran especial vigencia en tanto su existencia, al menos tal y como la conocemos tradicionalmente, resulta en entredicho a la luz de la evanescente movilidad de la ciudad actual. De este modo, la pregunta que surge no puede ser otra que: ¿cómo orientarnos en medio del cambio? O, dicho de otro modo, ¿de qué valernos en medio de la movilidad? Cuestionamiento que a su vez nos lleva a interrogarnos por los medios para hacerlo y, en este mismo sentido, por lo que en realidad vale la pena “conservar” para alcanzar este fin.

¹ Arquitecto; Magister en Filosofía; Especialista en Cooperación para el Desarrollo de Asentamientos Humanos en América Latina y África; Doctor Suma Cum Laude en Geografía Humana. Ha sido consultor internacional (Colombia, España, Italia, Kenya, y El Salvador), en temas de planeación, patrimonio, hábitat y desarrollo, particularmente en el área de la participación ciudadana, la construcción social del hábitat y el desarrollo territorial integrado. Autor de más de sesenta publicaciones entre libros, capítulos de libros especializados, ponencias en eventos internacionales, cartillas y artículos de revista y prensa en países como Colombia, España, Brasil y China (parte de su obra ha sido traducida al inglés, al francés, al alemán, al mandarín y al árabe). Miembro del Grupo de Trabajo en Desarrollo Urbano de CLACSO, en la actualidad es docente en las universidades Nacional de Colombia y Pontificia Javeriana, entidad esta última donde dirige la Especialización en Espacio Público y el Proyecto Internacional Topofilia, Ciudad y Territorio, actualmente en fase de gestión en varios países de América Latina. EMail alzajir@yahoo.es

En este mismo sentido, surge la duda de si podemos seguir llamando “monumento” al bien patrimonial y, de no ser así, cómo llamar aquello que en su reemplazo permite asumir su papel referencial, ¿qué sería aquello?, ¿cuál sería su naturaleza? y, sobre todo, ¿qué relación podríamos establecer con la ciudad a través de él? Preguntas que en última instancia pasan tanto por un nuevo posicionamiento frente a lo que denominamos “historia” como por la construcción de una consecuente teoría de la ciudad.

I. El lugar del patrimonio urbano en medio de un mundo global

Las profundas transformaciones del mundo actual y sus exigentes demandas de bienes y servicios que en todo respondan a la velocidad (paradigma fundamental de nuestra época), hacen que nos preguntemos, desde nuestro particular interés, por el destino de lo patrimonial, por la relevancia de su presencia y por su papel en esta feria de racionalidades que, paradójicamente, entra a caracterizar el nuevo orden urbano global.

La aparente contradicción no se deja esperar: por un lado tenemos la paulatina instauración de un orden hegemónico global amparado en un único principio: la homogeneidad (de significados, de valores y de lenguaje, para no hablar de la anhelada indiferenciación espacial que tiende a uniformizar los diferentes contextos) y, por otro, tenemos el aullido de los particularismos, el estridente grito de lo local que clama por un espacio, por defender su pequeño reducto de identidad.

En este contexto preguntaríamos: ¿Qué es lo que, en definitiva, nos puede caracterizar? ¿Qué es, en consecuencia, lo que, por retratarnos, en verdad vale la pena conservar? En el mismo sentido, y pensando en el futuro ¿Qué es lo que, por caracterizarnos de la mejor manera deberíamos legar? A fin de cuentas, el patrimonio no sólo es algo que se lega sino que es algo que, por demás, se construye.

Por otra parte, la emergencia contemporánea de la ciudad y su incontenible desbordamiento que responde al propio desbordamiento de lo urbano en cuanto tal, nos hablan de un nuevo marco para la valoración patrimonial en el cual la contracción del espacio, inversamente proporcional a la expansión del tiempo en el cual se inscribe la velocidad, aportan un escenario más móvil, inaprehensible y flexible que el de la ciudad clásica de la modernidad; por todas partes, particularmente en la megaciudad, encontramos fragmentos de ese universo roto que espacial y conceptualmente la entran a caracterizar, son los “nuevos monumentos” de la contemporaneidad hechos de humo y de viento, hechos, como todo hoy en día, para no durar; su naturaleza, que de cualquier forma responde a un determinado *Zeitgeist*², no puede, por lo mismo, atender más que a lo efímero ¿Cómo no reconocer aquí un nuevo carácter para el bien patrimonial?

La ciudad actual, ciudad de *bricolage* hecha de líneas, de flujos, de encuentros y de futilidad ha demostrado el insondable abismo que existe entre el tiempo y la duración,

² Ese concepto alude a lo que Hegel denomina el “espíritu de los tiempos”, es decir, la manera socialmente establecida de reconocer una determinada manera de orden y de obrar a la luz de un principio hegemónico, de una única racionalidad.

la elongación no es posible porque nadie cree en la duración; la realidad ha perdido su estatuto, lo sólido se ha transmutado en gas; la alianza entre el consumo y los medios de comunicación han resaltado por todas partes el triunfo de la levedad ¿Qué es, entonces, lo que debemos conservar y, más aún, legar como prueba de aquello que ya no somos?

A fin de cuentas, dentro del cambiante mundo de hoy y su paulatina pérdida de referencias, uno de los temas más recurrentes, particularmente en el estudio de la ciudad, es el que tiene que ver con la preservación de su patrimonio, particularmente en lo que respecta a las diferentes razones que se argumentan en una u otra dirección relativizando su idea de valor.

Para algunos, el patrimonio debe ser conservado porque exalta, casi de manera ontológica, la memoria de un territorio dentro de su devenir histórico y, por tanto explica el modo de darse del mismo en atención a lo que expresa su más recia y, si se quiere, “prístina” identidad (si es que eso es posible): lo que un pueblo o colectivo es en sí mismo. Aquí el patrimonio nos lega un imperativo y, por tanto, un principio moral: el de ser de una u otra manera en atención a aquello que heredamos y que, en consecuencia, nos determina de tal o cual manera.

Para otros, el patrimonio merece conservarse porque es un pasivo potencialmente útil al servicio de un determinado orden político o principio de razón dominante que bien puede recurrir a él, y a su papel convocante, a la hora de querer integrar lo disperso; en esta medida su papel consiste en actuar como unificador de las diferencias.

Para unos terceros, el patrimonio debe protegerse porque al aludir a la especificidad de un determinado lugar o territorio resulta ser una ventaja comparativa a la hora de atraer la inversión, normalmente a través de políticas de turismo urbano.

3

Finalmente, para otros tantos, el patrimonio debe defenderse porque constituye, de manera viva y activa, la prueba de lo que ya no somos y por tanto, más que remitirse a las cosas centra su atención, más bien, a la relación de valor que un determinado colectivo, en su diversidad establece con ellas a través, tanto de unas prácticas como de unos paisajes culturales.

Como quiera que sea, a partir de estas cuatro connotaciones (las tres primeras estáticas y pasivas y la cuarta activa y dinámica), conceptos como “bien patrimonial”, “sentido de lugar” o “identidad local” emergen con especial protagonismo, toda vez que de la manera como se conecten entre sí dependerá el modo en que una sociedad se muestre al mundo a partir de la idea que esta tenga de sí misma; de este modo, a la pregunta que interroga por la manera de integrar tales conceptos en medio de un mundo global en crisis de sentido, se habría de responder con los modos concretos de actuar, desde lo local, a partir de la entrada en valor de aquello que lo local decida por responder a su naturaleza más propia. Aquí la importancia de lo patrimonial radica en su posibilidad real, no sólo de orientarnos sino de proporcionarnos razón y sentido en medio del cambio.

De este modo, la pregunta que surge no puede ser otra que: ¿Contribuye el patrimonio urbano-arquitectónico a orientarnos en medio del cambio? O, dicho de otro modo ¿Podemos valerlos de éste como inamovible referente en medio de la movilidad? Cuestionamientos que a su vez nos llevan a interrogarnos por los medios para hacerlo y, en este mismo sentido, por lo que en realidad vale la pena *conservar* para alcanzar este

fin; tarea que en primer lugar supone reflexionar sobre la relación entre *conservación y renovación*, particularmente en lo que compete a la hora de exponer una ciudad a las fuerzas del cambio en medio de este evanescente mundo global. Así habría que entrar a definir la lógica, los alcances y, sobre todo, los intereses que se ponen en juego al interior de un determinado proceso de promoción internacional de una ciudad.

En este punto, dos mitos es necesario enfrentar, de manera crítica y propositiva, para alcanzar este propósito: el mito de la inmutabilidad de la identidad (asociado al concepto griego de unidad, al concepto moderno de homogeneidad y al concepto judeo-cristiano de eternidad) y el mito de la inmutabilidad del patrimonio (asociado a la idea de la preservación y la “intocabilidad” de lo heredado por el simple hecho de ser tal; es decir, de estar hecho, de venir pre-formado); mitos particularmente manifiestos a través de la idea decimonónica de monumento³ encargada de hacer evidente un atávico deseo de inmutabilidad.

No obstante, lo cierto es que ni la identidad ni el patrimonio son inmutables y reacios al cambio, ya que así como los seres humanos somos, al decir de Heidegger, “seres de camino”, aquello que en consecuencia nos nombra (nuestro patrimonio en su correlato identitario) no puede menos que responder a esta misma naturaleza, es decir, al cambio.

¿Qué vamos a elegir, entonces, para que nos represente, para que nos muestre al mundo, no en lo que somos, salvando el mito de la inmutabilidad de la identidad del que antes habláramos, tampoco en aquello que hemos dejado de ser, salvando el mito de la inmutabilidad del patrimonio que encarna la idea clásica de monumento, sino en aquello que “vamos siendo” en nuestra particular manera de devenir, de ser históricos? Lo cual, en el caso de América Latina supondría encontrar el eslabón perdido entre el tiempo cíclico ritual pre-moderno y el tiempo lineal sincrónico de la modernidad; eslabón que seguramente hemos de encontrar, más que en los edificios (sin demérito de que muchos lo hayan intentado), en aquello que los une y les da sentido, es decir, en la calle; el verdadero patrimonio está en la gente y en el paisaje que dibujan a través de sus prácticas culturales.

En el mismo sentido, la propia ciudad habrá de ser, no un simple espacio donde las cosas se ubican “en” un previo paisaje, sino un *relato* constituido por ellas de la manera más propia. Hoy en día que la palabra “interactivo” está tan en boga ¿Por qué no aplicarla a nuestros distintos modos de relacionarnos con tal clase de paisaje? Un paisaje que, en su disposición, de tal o cual forma nos muestra. Somos la ciudad, no somos simplemente usuarios o pobladores de ella, a fin de cuentas el patrimonio no solamente es algo que se hereda sino que, como hemos dicho, fundamentalmente es algo que se construye, que se moldea.

³ Entendemos por monumento una determinada *manera de nombrar que nombra a quien de tal forma le da nombre*; de esta suerte, lo que exalta, y de manera fidedigna *monu-mentaliza*, no es tanto uno u otro objeto sino una determinada mentalidad, la cual resulta signo epocal. Así, como todo signo, aporta un significante y recoge un significado que no sólo habla de aquello que nombra, sino del valor que, bajo tal denominación (la de monumento), convencionalmente se le ha dado; en este sentido, el monumento “no dice” sino que “se le hace decir”, constituye, por tanto, un sintagma de orden que *al deshistorizar lo nombrado historiza la manera de nombrar*.

De esta forma, nos preguntamos por el lugar del patrimonio urbano en medio de un mundo global y, con él, por el papel del mismo al interior de los ineludibles procesos de *marketing* a los cuales se ven abocadas las ciudades que, en medio de la feria de “ciudades en venta”, queriendo ser globales corren el riesgo de dejar de ser locales; inquietud que nos pone ante el reto de la historia y al de la comprensión de su significado, particularmente en lo que compete a la manera como, desde el imaginario de la globalización, se nos señala lo que supone estar, o no, adentro de ella.

A fin de cuentas, cada época va acompañada de una determinada idea de mundo y, en consecuencia, de una específica “paleta” de valores con los cuales pintamos la realidad dotándola de sentido; valores que al “pintar” el mundo a través de las cosas que desde allí proyectamos nos retratan a nosotros mismos en nuestra particular manera de formar.

En tal medida, como anotara Hegel, toda la producción intelectual y material de un determinado momento es presa de su respectivo *Zeitgeist*. Desde esta perspectiva, la pregunta que debe alentar la comprensión de nuestra específica producción y, de paso, de nuestra determinada manera de valorar la misma, no puede ser otra que ¿A qué responde?, o planteada hegelianamente, ¿A qué tiempo pertenece? ¿Cómo ha de responder la ciudad latinoamericana al espíritu de los tiempos a la hora de hacer valer sus diferencias locales en medio de un mundo-mercado con pretensiones de globalidad? Lo cual, en el contexto de nuestra inquietud, se remite al examen de la manera como valoramos nuestro patrimonio y, en consecuencia, “hacemos uso” de él a la hora de “vender” una u otra imagen de ciudad.

Ya Octavio Paz nos prevenía en *el laberinto de la soledad* de los propios laberintos de la razón ilustrada que, con Hegel a la cabeza, imponían a la historia, no sólo un sentido sino, y sobre todo, una dirección; la que, en nuestra opinión, debe examinarse a través de una triple connotación: la del progreso basado en el alejamiento de lo que, frente a lo nuevo (moderno), va quedando atrás; la de la continuidad lineal de los acontecimientos y felizmente causal de un futuro cierto (aquél al cual nos dirigimos); y la de la acumulación gracias a la cual “no somos”, sino que devenimos seres históricos abocados en nuestro presente a atender los designios de un implacable e ineludible *Zeigeist* desde el cual lo que hacemos corresponde con lo que inexorablemente debemos hacer.

Desde aquí, los pueblos del mundo que se quieran llamar “históricos”, que es lo mismo que decir, civilizados, deben alejarse de esos tiempos cíclicos y rituales (pre-modernos) que, según Paz, caracterizan desde siempre el espíritu latinoamericano y, en consecuencia, su más recia identidad; así, para la latinoamérica del Nobel mexicano (por momentos imbuido del mito de la inmutabilidad), el pasado, lejos de recordarse como un patrimonio muerto que debe inmortalizarse de una u otra manera (papel del monumento, o mejor, de la monu-mentalidad), pervive a través de una memoria que no se cansa de traerlo a la fiesta, lo que equivale a decir: de traerlo a la calle. Sea ésta una primera diferencia entre esa clase de “patrimonio” que, para ser recordado (*con-memorado*), debe monumentalizarse en las cosas y el patrimonio vivo que, para no tener que hacerlo, no se ubica en ellas sino en la relación que establecemos con éstas.

No obstante, para la mayoría de los gobiernos urbanos latinoamericanos la relación entre conservación del patrimonio y renovación lejos está de ser una disyuntiva; si el gran negocio del capitalismo es la generación de espacio (por no decir, de suelo urbano) y el gran negocio del espacio es la movilidad, donde el espacio no existe es necesario crearlo y donde el espacio es estático es necesario imbuirlo de dinamicidad, por tanto es indispensable renovar aunque para ello haya que destruir sectores enteros de ciudad.

Aquí el patrimonio se reduce al suelo urbano y, en consecuencia, el valor de uso del espacio deviene en valor de cambio traducido en metro cuadrado y capital; de este modo, es el precio quien ahora dota de valor a un espacio de tal forma *re-novado* y, por tanto, “entrada en valor” a través del nuevo estatus que le otorga su papel de atractor de la inversión, así se invierte para atraer un plus valor, el que proporciona una cadena de nuevas inversiones, aquellas desde las cuales las llamadas operaciones urbanas devienen en simples desarrollos inmobiliarios cuyo manejo de plusvalías, así como de cargas y beneficios se suele quedar, en gran medida, en el sector privado pues es éste quien ha facilitado la inversión; desde aquí, se renueva para conservar, en este caso no un bien patrimonial sino un orden de cosas inmerso en la lógica del mercado y el capital.

En otro sentido, se conserva para renovar toda vez que la conservación sólo tiene lugar si ésta supone una escenografización del espacio que de tal suerte permita capitalizar una imagen proclive a la renovación de sus usos y/o al desplazamiento de su población original de forma tal que ofrezca un atractivo a la inversión y a la movilidad del capital, entre otras cosas gracias a ese eufemismo burgués que califica el aprovechamiento parasitario de estos entornos de la ciudad con el ostentoso título de turismo urbano.

En ese punto, la globalización, a partir del turismo urbano (aunque no de manera exclusiva), pone a competir la calidad de uno u otro patrimonio en atención a las inescrutables leyes de la oferta y la demanda. Hablamos así de un proceso de *city marketing* amparado en la propia idea de “consumo de ciudad”.

En consecuencia, la puesta en circulación de una u otra imagen de ciudad, gracias a la “entrada en valor” de su patrimonio, contrasta con el proceso de homogeneización cultural que, al menos en apariencia, impone la globalización, puesto que tal “entrada en valor” se logra gracias a la demarcación de una clara especificidad y diferencia, razón de ser para que el patrimonio se convierta en una de las principales ventajas comparativas de las ciudades en el concierto internacional de su “puesta en venta”.

Al menos esta parece ser la opción por la cual ha optado el turismo urbano y su forma particular de hacer consumo de la ciudad “exotizando” las referencias, y con ellas las diferencias, a través de esa inversión axiológica según la cual el valor de uso del espacio habitado y, por lo mismo, su valor patrimonial, deviene valor de cambio en medio de las exigencias de la economía de mercado; unas exigencias que en pos de la venta de imagen, sin la cual no hay inversión posible, se le apuesta cada vez más a la *fashion city*, a la ciudad-postal.

Sin embargo, mientras que la triunfante modernidad anglosajona que la globalización promueve como único referente de civilidad, le apuesta al paradigma de la

innovación, del cambio, de lo nuevo y, por tanto, de la *re-novación* que tanto atrae a las ciudades, la América Latina de siempre (entre premoderna y posmoderna, ya que nunca le ha sido fácil adaptarse del todo a la modernidad) en su fondo telúrico hace resistencia al cambio y, con él a la indiferenciación que éste representa en el marco de las actuales tendencias; le sigue apostando a la fiesta, al evento, al encuentro más que a la función; he ahí el papel preponderante de la calle y, en consecuencia, el valor sustantivo del espacio público donde lo público se abre espacio en el abierto ejercicio y despliegue de un indefectible derecho a la ciudad. ¿A qué, entonces, apostarle a una imagen de renovación urbana basada en la pérdida de los referentes?

De cualquier forma, como en el caso de México ¿No conforman acaso una indisoluble sincronía patrimonial la catedral, la plaza, la guadalupana, el taco, la danza mexicana, las plantas de poder, el corrido, la bandera y el zapatismo con la hamburguesa, la fotocopiadora, el teléfono celular, el IPot y el portátil con el que comparten el mismo espacio físico y, por qué no, simbólico que caracteriza el mestizaje que hoy en día da forma a todo paisaje cultural?

Gabriel García Márquez, colombiano por formación, mexicano por adopción y latinoamericano por vocación, señalaba en un pasaje de *Cien años de soledad* como, ante la llegada recurrente, periódica e inevitable de la epidemia del olvido a las calles y casas de Macondo, sus habitantes reaccionaban, previamente, rotulando todas las cosas para no olvidarse de su nombre, sólo que olvidaban que al llegar la epidemia del olvido también se les olvidaría leer ¿No traerá al mundo la globalización, y su espíritu homogenizador, los aires de la epidemia que año tras año llegaba a las calles de Macondo? ¿En medio de ella, cómo habremos de nombrar las cosas que antes nos representaban? ¿A través de que signos y, sobre todo, mediante que lenguaje identificaremos “eso otro” que, en medio de la indiferenciación, nos nombra? ¿Cómo vamos a poder leer si aceptamos perder nuestro lenguaje? La pérdida de la referencia no puede significar menos que la propia pérdida de la identidad.

2. Los retos patrimoniales de la renovación urbana en un mundo global: entre la gestión urbana y la gestión de la ciudad

Desde aquí, los procesos de renovación urbana deben establecer una clara diferencia entre la *gestión urbana* y la *gestión de la ciudad* en atención a la propia divergencia que existe entre renovar la imagen física, compromiso de la gestión de la ciudad, y *renovar su dinámica estructural* atendiendo a sus necesidades básicas pero, también, a sus valores tradicionales, responsabilidad de la gestión urbana propiamente dicha.

Por lo anterior, un proceso integral (y no simplemente escenográfico o “efectista”) de *renovación urbana* tiene que ir acompañado, necesariamente, de un proyecto pedagógico de “renovación humana” que permita adaptar la población al cambio y a las exigencias que demandan, no sólo la competitividad de la ciudades sino, y sobre todo, la cooperación en el marco de la convivencia y del reconocimiento y respeto por la diversidad. Una *renovación* que en cualquier caso debe, no sólo enfrentar el deterioro físico y social de la

ciudad, sino prevenirlo al propiciar nuevas dinámicas tanto sociales como económicas en el marco de una *renovada* relación con “el otro”, con la naturaleza y con la historia.

De este modo, hacer *gestión urbana* resulta ser algo bien distinto a promover la simple “gestión de la ciudad”, puesto que mientras la primera supone establecer un compromiso concertado de *renovación social y humana* conducente a construir una clara idea de “sociedad de la responsabilidad y del conocimiento” (definiendo colectivamente qué se entiende por esto) a través de la actuación directa sobre la dimensión estructural de la ciudad, la segunda tan sólo requiere de la puesta en marcha de una eficiente estrategia de promoción y mercadeo basada en la puesta en circulación de una imagen de prosperidad material a través de la simple inversión en infraestructura o equipamientos; en este punto la apariencia renovada de ciudad que se logra por esta vía resulta indiferente, normalmente, de la deuda social que la búsqueda denodada de tal imagen pueda generar; resultado de esto: una especie de *fashion city* o de *ciudad-postal* concebida para atraer el capital desde la promoción y mercadeo de una “modernizante” imagen de prosperidad material.

En este contexto resulta crucial promover en los procesos integrales de renovación urbana eficientes estrategias de *gestión social del territorio* que garanticen, desde la conservación de su ser patrimonial, no sólo la participación y compromiso de los distintos actores sociales sino, y en consecuencia, la apropiación de la ciudad y, por esta vía, la sustentabilidad de las propias acciones así concebidas ya que la sustentabilidad sólo es posible por la vía de la apropiación y esta fundamentalmente se logra (aunque no de manera exclusiva) a través de la participación.

Desde aquí, la renovación estructural de la ciudad, que en consecuencia debería acompañar sus estrategias de *city marketing* supone, necesariamente, la propia renovación de sus mecanismos de convocatoria, gestión y participación y, por lo mismo, de su institucionalidad; esto en la perspectiva de lograr una auténtica modernización del Estado que implique el acercamiento ente gobernantes y gobernados a través de la creación y/o fortalecimiento de las instancias de participación deliberativa o, si se prefiere, de gobierno mancomunado; así se garantiza que la gobernabilidad (y su tradicional connotación “verticalista” que la asocia, en el lenguaje común, con la responsabilidad de las instancias de gobierno) abra paso a la “horizontalidad” incluyente de una gobernancia hecha por todos y para todos sobre la base de una acción colectiva y no, simplemente, delegada a través de la dudosa democracia representativa en la cabeza de una u otra administración.

Por lo anterior, aludir a procesos integrales de renovación urbana capaces de promocionar una imagen real y no epidérmica de ciudad, implica aludir, no sólo a los espacios físicos a intervenir sino a los espacios institucionales, sociales y simbólicos desde donde la propia renovación urbana tiene sentido; de ahí que ésta no competa, simplemente, a la renovación de los llamados “centros urbanos” donde en gran medida se concentra no sólo buena parte de su valor patrimonial inmueble, sino, particularmente en América Latina, buena parte, también, de su deterioro físico y social.

En este sentido, la renovación urbana habría de cumplir un papel fundamental a la hora de promover y concretar, en sus operaciones específicas, *procesos concertados*

impregnados de un espíritu tanto correctivo como preventivo. En el primer caso, interviniendo directamente sobre las causas del deterioro y no sólo sobre sus signos ciertos; en el segundo, apoyándose en el acervo patrimonial, tanto físico como social, con el que cuenta la ciudad. Lo que se busca, finalmente, es generar dinámicas pedagógicas capaces de coadyuvar en la construcción de un espíritu colectivo de corresponsabilidad social e individual que haga sentir a los habitantes de cada ciudad que ésta les pertenece; que la ciudad en la que viven es su ciudad.

Es así que la dimensión social de los proyectos de renovación con los cuales se compromete este planteamiento apunta a la generación territorial de medios y estrategias innovadoras que aborden, de manera integral, la compleja dimensión que supone el propio concepto de *renovación* en su naturaleza tanto física y ambiental como social, económica, política y cultural.

El resultado debe ser una imagen renovada de ciudad basada en la estrecha articulación entre la realización de obras físicas (concebidas a su vez como “laboratorios” de pedagogía social) y la realización de actividades orientadas, desde la propia gestión de los proyectos, con la inclusión social, el asociacionismo, el corporativismo, el mejoramiento del ingreso, la capacitación productiva, el trabajo de género, la resolución pacífica de conflictos, la construcción de consensos, el servicio social y, entre otras cosas, con la lucha contra la explotación infantil. A fin de cuentas ¿Qué clase de renovación urbana sería aquella que dejase de lado los problemas estructurales de la ciudad y de sus habitantes?

3. City marketing, turismo urbano y patrimonio

De lo anterior se deriva la mirada interesada, no sólo de la empresa privada, sino de los gobiernos mismos en fomentar, particularmente, la revalorización y recuperación del patrimonio histórico (nueva forma de valor agregado para las ciudades); en invertir en infraestructura y obras de bienestar; en ocuparse de la recuperación del espacio público; en promover el rescate y/o construcción de edificios emblemáticos; en apoyar y posibilitar la concentración de equipamientos de servicio buscando, con esto, concatenar el turismo con otros tipos de actividad que, de paso, entren a caracterizarlo y tematizarlo: turismo cultural, ecológico y de eventos, entre otros; y detrás de todo esto, un enorme afán de tales patrocinadores de publicitarse a sí mismos, publicitando aquello que de tal forma los muestra, puesto que, finalmente, la competitividad inherente, tanto a la sociedad de consumo, como a la política, es cuestión, en gran medida, de *ranking*.

Dentro de este marco no resulta difícil deducir el doble papel que el turismo cumple como motor y a la vez guardián del patrimonio al interior de la nueva dinámica de las ciudades; por un lado, como motor, estimulando y canalizando el desarrollo y la modernización de sus infraestructuras y equipamientos (aún a pesar, tanto de la “carga” que, muchas veces, representan los turistas, como de la potencial afectación del patrimonio en la realización de dichas obras); por otro lado, como guardián del patrimonio en tanto su propia supervivencia depende de la calidad y conservación de éste.

A fin de cuentas, qué más postmoderno que hacer de la ciudad un escenario turístico y así rescatar, en el sentimiento de “extrañeza”, la clave de una perdida apropiación.

De acuerdo con lo anterior, el tema del patrimonio surge con una preponderancia inusitada ya que el turismo no sólo gira en torno a la oferta conservacionista que plácidamente se ocupa de mostrar una ciudad museografiada (en abierto contraste con la propia “des-museografización” de unos museos cada vez más interactivos y proactivos) sino que, sobre todo, tiene la posibilidad y, nosotros diríamos, *responsabilidad*, de recalcar el aspecto *creativo* y *prospectivo* de aquello que oferta; lo que supone entender el patrimonio, más como una manera de ver y entender el mundo actual (Yory C.M. 2002), que como una romántica mitificación del pasado, desde la cual la protección de este último, en muchos casos, no hace más que disimular la propia destrucción del presente.

De aquí la importancia de establecer la diferencia entre un patrimonio “vivo”; es decir, permeable al fluir de los tiempos, en la medida en que mantiene sus significados vigentes e integrados, de una u otra forma, a las distintas dinámicas urbanas que de tal forma lo incorporan; y uno definitivamente “muerto”, por no haber logrado integrarse a la *dinamys* histórica y, por tanto, cual reliquia de otra época, yace impermeable de espaldas a la ciudad.

Cabe señalar que la fuerza de un patrimonio “vivo”, no sólo permite a los habitantes de una ciudad afirmar sus vínculos con ésta y con ellos mismos, sino que revitaliza la propia imagen de ella al actuar como decidido agente de promoción externa; situación que permite tanto atraer al turista foráneo, como a la propia inversión que, incluso, puede emplearse en sectores distintos al turismo. En tal medida, la optimización y puesta a punto del “patrimonio vivo” constituye una estrategia tanto de desarrollo económico como social al ligar íntimamente el turismo, el patrimonio histórico y la construcción de un horizonte de sentido para la ciudad; horizonte que será tanto más deseable y apropiado por la ciudadanía en tanto ésta pueda participar de manera activa y deliberativa en su prefiguración y puesta en obra.

Desde aquí, consideramos que una estrategia incluyente de desarrollo urbano que pretenda integrar patrimonio con turismo urbano debería, al menos:

- Proporcionar y mantener infraestructuras y accesos a los lugares de interés patrimonial dotándolos de un carácter incluyente
- Garantizar la seguridad ciudadana construyendo una idea concertada respecto de la expresión “orden público”
- Interconectar los diferentes sectores de la ciudad y, con ellos, sus diferentes dinámicas, sobre la base de promover ésta en su conjunto, en tanto “poli-atractivo” objeto de interés turístico y cultural
- Utilizar las áreas de mayor concentración patrimonial como “centros detonantes” de toda una serie de circuitos y recorridos que se inserten en las propias dinámicas de la ciudad... esto tanto para mantener el patrimonio como atractivo, como para contribuir con la proyección internacional de la ciudad
- Incorporar las áreas de mayor concentración de oferta de atractivo a la dinámica urbana en general, lo que supone su “des-museografización” ya que lo deseable es promocionar a la ciudad en su conjunto y diversidad

- Incluir la oferta de bienes, servicios e infraestructuras turísticas, al interior de los circuitos económicos existentes que resulten pertinentes; esto con el fin de garantizar una rentabilidad que beneficie tanto al sector público como al privado
- Mantener y generar nuevos atractivos urbanos en los que se ligue a la ampliación y mejoramiento de la oferta existente (galerías, comercio, alojamiento y diversión, entre otras), la realización de eventos de distinta proyección tanto nacional como internacional
- Concebir y desarrollar un proyecto pedagógico que “enseñe” al habitante de la ciudad a hacer ciudad haciéndose ciudadano sobre la base de la valoración y respeto por la diferencia y la diversidad

Ahora bien, la dimensión creativa y prospectiva del patrimonio vivo, se funda en la idea de “construcción de historicidad”; es decir, se basa en la premisa de que el patrimonio es algo que se construye y no, simplemente, algo que se hereda; de hecho, lo que una sociedad hereda no es propiamente “patrimonio” sino “bienes” cuya contemporánea ponderación los convierte, en “legado patrimonial”.

En este sentido, consideramos que la ciudad debe entenderse como un “*ecosistema patrimonial*” constituido por un conjunto localizado de elementos variados en situación interdependiente, es decir, como un “campo de fuerzas” en el que actúan multiplicidad de actores con intereses y estrategias diversas.

Como señalamos en un trabajo anterior (Yory, 2002), si algo caracteriza a la ciudad de hoy en día es, precisamente, una abierta contradicción entre *homogenización del paisaje y fragmentación del territorio*, toda vez que éste último se ve afectado por procesos simultáneos de desterritorialización y reterritorialización que inciden directamente en las distintas formas de ocupación, apropiación (valoración), uso y habitación de la ciudad por parte de sus distintos habitantes y usuarios.

De esta suerte, *homogenización y fragmentación* responden, en el primer caso, a la anulación de la memoria urbana llevada a cabo a través de la imposición de nuevos códigos, normalmente importados y sujetos, en gran medida, a la moda (lo que los emparenta “globalmente”) y, en el segundo, a la apropiación resemantizada de esos mismos códigos que, de una forma u otra, al *local-izarse* devienen “universales”.

En este sentido, *se desterritorializa “homogenizando”*, es decir, utilizando los mismos códigos de igual manera en lugares diversos, y *se reterritorializa “fragmentando”*, es decir, apropiándose localmente de tales códigos resemantizándolos. En cualquier caso, de lo que estamos hablando es del consumo “crítico” o no de unos patrones estéticos, espaciales y económicos que tienden a imponerse por todas partes.

Desde esta perspectiva, es claro que, en gran medida, el atractivo de una ciudad (valga decir, su “valor estratégico” dentro del concierto global) radica en su capacidad de administrar esta doble situación en el frágil equilibrio que supone tanto “pensar globalmente para actuar localmente” como “pensar localmente” para actuar, desde aquí, ante lo global.

4. El fin de la idea de monumento en el nuevo orden espacio-temporal de la ciudad.

En medio de este panorama, y a la luz de la evanescente movilidad del mundo actual ¿Cómo no ha de examinarse precisamente aquello que, por principio, quiere ser *patencia* del paso del tiempo y, por tanto, hacer evidente el cambio y la movilidad?; es decir, aquello que en su *pathos*⁴ es muestra de esa manera de devenir *patológica* (por manifestarse a través de hechos concretos) que es la historia misma. Nos referimos por su puesto al *monumento* en su expresión *patética*, que es lo mismo que decir, en su anhelo de eternidad, de apresentation perpetua, y, por lo mismo, paradójicamente ahistórica, a pesar de que, por principio, nada se escapa de la historia toda vez que esta se “encarna”, por decirlo así, a través de las diferentes maneras en que queremos, desde el monumento, atrapar precisamente aquello que se escapa pues, a fin de cuentas, lo que se monumentaliza no es lo que se queda sino lo que de hecho se nos escapa.

De este modo resulta ser propiamente lo histórico, no el monumento mismo, sino nuestra manera de atrapar a través del tiempo el paso de él o, si se prefiere, “atrapar” el tiempo a través de él de tal suerte que lo que se escapa se retiene en un nada inocente ejercicio de perpetuación en el que nos monumentalizamos a través de nuestra manera de monumentalizar.

En esta medida, el monumento resulta ser no otra cosa que una *manera de nombrar*, de establecer una determinada relación con aquello que consideramos debe permanecer y, por lo mismo, merece ser “*editado*”; gracias al monumento se verifica que efectivamente la historia misma no es otra cosa que un triunfalista y selectivo proceso de edición; a fin de cuentas, como nos recuerda el historiador Pío Baroja (que bueno que fue historiador): ¿qué es la historia sino “un género de la literatura”?

El monumento se constituye así en sintagma de orden, en signo caligráfico y, por lo mismo, en una determinada *manera de nombrar que nombra a quien de tal forma le da nombre*. Pero, con todo ¿Qué es lo que propiamente “nombra” el monumento? En primer lugar, y como hemos dicho, una determinada “manera de nombrar”, es decir, de establecer una relación con las cosas de forma tal que lo que se nombra fundamentalmente con lo nombrado es una específica *forma de relación*; motivo por el cual lo que de hecho se apuesta y pone en juego a través del nombre no es otra cosa que tal o cual forma de relación.

Es precisamente ese “valor parlante” de todo aquello que *nos nombra al nombrar* lo que delata nuestra específica manera de ubicarnos *afuera*, “en frente” de lo así nombrado, poniendo de esta forma en evidencia un particular modo de habitar: estamos “en” el

⁴ El concepto de *pathos* alude en el pensamiento clásico griego a la manera “sensible” en que la forma se expresa, es decir, a su ex –presión; aquella mediante la cual pone en evidencia su ser estético. De ahí que en saberes aplicados como la medicina, se habla, por ejemplo, de establecer a través de la *patología* y sus signos, los síntomas, la naturaleza de una determinada enfermedad. Patológico no será por tanto sinónimo de “aberrante”, como sucede en la psicología clínica, sino de mostración evidente de un juego de signos que en su lectura acusan una determinada situación.

mundo pero no hacemos parte de él ya que por lo visto éste resulta ser “eso otro” con lo cual nos relacionamos a través de las cosas y los nombres que les damos.

De este modo, asignando nombres nos distanciamos de las cosas acusando lo que Heidegger llamara una cierta “amanualidad” respecto del mundo nombrado y de las cosas que disponemos en él; mundo que, visto de tal forma, no sólo habla de nosotros (ya que si algo lo constituye en tanto valor parlante es su “ser-lenguaje”) sino y por lo mismo, de nuestra *contra-estancia* respecto de él: somos los que nombramos pero no nos percatamos de que al nombrar nos nombramos también haciéndonos sujetos de un mundo-objeto.

En tal medida, ¿qué pueden ser las cosas sino una *contra-dicción?*, o lo que es lo mismo, el decir de aquello otro que habiendo sido nombrado nos nombra en su aparición. Gracias al lenguaje que nombra pero que también define una cierta *dis-posición* de las cosas respecto de nosotros mismos nos percatamos que las cosas nombradas, no pueden ser más que *contra-dicciones*, un “decir otro”, o lo que es lo mismo, un “decir de otro” que habla de lo que somos a través de lo que no somos.

De esta forma el monumento, que por definición es una *in-corporación* contrastada, no puede menos que afirmarnos “contra-diciéndonos”, su “decir otro” que cobra vida ya no sólo nos delata en tanto autores de lo dispuesto de tal forma en lo así signado (es decir, como monumento), situación en la que nos afirmamos, sino que sobre todo se nos opone y enfrenta ya que lo nombrado es “eso otro” que a la vez que creamos nombrando nos señala también aquello que al nombrar hemos dejado de lado. Es precisamente ese valor *contra-dictorio* del monumento lo que lo hace comportarse como un *fármaco* de la cultura.

Aclaremos aquí que el concepto de fármaco (*pharmakón*) lo usamos en sentido griego para recalcar aquello que hemos dado en llamar el “valor parlante del monumento”; es decir, su manera de comportarse como palabra, signo o, en cualquier caso, *lenguaje*. Sobre este particular recordamos que, para Platón, el *fármaco* alude al ser más propio de las palabras en su doble naturaleza: como *veneno* y como *remedio*. En el primer caso, la palabra es *veneno* porque tiende a agotar el significado ahogando el ser posible de lo que a través de ella se nombra pretendiendo de tal suerte atrapar incluso lo que se escapa y, en el segundo, es *remedio* porque combate la pérdida de la memoria; a través del nombre las cosas quedan por decirlo así, “sembradas”.

En tal medida, hablar del *monumento-signo*, en tanto “fármaco de la cultura” alude a su también doble papel: el de *remedio*, al recordarnos lo que dejó de ser trayéndolo de alguna forma al presente (idea que alienta la restauración), y el de *veneno* al agotar la propia acción de restaurar la dimensión más clara del ser posible de lo que hace ya tiempo dejó de ser y que, por lo mismo, sólo puede ser rescatado bajo la testimonial y cristalizada figura de ese *remedio* para la pérdida de la memoria que de tal suerte denominamos “monumento”; remedio que si bien en apariencia resulta ingenuo, la verdad es que se constituye en pieza clave de una determinada manera de entender la historia en un específico momento al servicio de una también determinada tecnología política.

Por lo anterior, la relación que establecemos con el monumento no es un nexo sin más entre otros del tipo “hombre-mundo”, que tanto gustara a los antropólogos del siglo

XIX, sino una relación entre una determinada *idea de hombre* y, en consecuencia, una también determinada *idea de mundo* (establecidas ambas por el marco epistemológico puesto en valor a través de cada época). Ideas, por tanto, tan seleccionadas como selectivas dentro de ese particular proceso de edición que llamamos historia, ese pacto corrupto de la racionalidad que privilegia una también determinada idea de orden y con ella de razón. Aquí el monumento sirve de puente, frágil enlace entre dos abismos, el que señala lo que ha dejado de ser y el que anuncia lo que todavía no llega. Curiosa manera de salvar la historia a través de lo único que, por no estar en ningún lado no cabe, ni puede caber en ella.

Desde este punto de vista, si bien el monumento no es, ni por definición, puede ser, histórico, si lo es nuestra manera de llamar aquello que por estar muerto se nos escapa; por lo mismo, el monumento como tal “no existe” (la momia no es el faraón) ya que solo aparece cuando de tal forma nombramos aquello que queremos recordar y cuando además queremos hacer evidente la relación que queremos establecer con ello.

Surge de este modo en el cambiante mundo de hoy la necesidad de buscar nuevos nombres para llamar las cosas; nombres que de tal suerte hablen de nuestras nuevas maneras de entrar en relación con ellas a través de los, en consecuencia, nuevos usos y formas de significación. De esta suerte descubrimos, por ejemplo, que las cosas no son “objetos” en sí mismas, sino que este es un concepto acuñado para aludir fundamentalmente a una manera de nombrarlas, de capturarlas para hacerlas útiles a nuestro principio de razón práctica, o lo que es lo mismo, a nuestra racionalidad lógico-instrumental.

En este sentido Baudrillard, nómada habitante de un universo gestual, prefiere hablar de “objetil” para referirse a esa clase de “cosa” que hoy en día resulta ser lo que este autor denomina como el objeto-evento, *el suceso*; nombre que da a aquello que ha dejado de ser “objeto” para devenir, en el contexto de nuestra mediatizada época, acto, *acontecimiento*; una época donde, por ejemplo, ya no podemos asistir a un concierto de Rock sin fundirnos con el entorno en una sola composición “ambiental” de paisaje, música, color, efectos de sonido, gritos, danza y arquitectura; pues desde luego ya no vamos simplemente a sentarnos en una sala a ser “sujetos” presos por el “objeto-representación”.

El “edificio objeto”, del que a través del concierto de Rock, “hacemos parte” ha devenido *objetil* y, con él, la realidad ha perdido su estatuto de “seriedad” para devenir mueca, simulacro y gesto, en una palabra: *expresión*. Pasamos así de ser “usuarios” de un “material” mundo-objeto lleno de cosas-objeto a habitantes de un “eventual” *mundo-objetil* constituido de sucesos que nos acogen e incorporan por todas partes.

De este modo, devenimos habitantes de un discontinuo juego de simulacros y envíos que reemplazan una particular manera de concebir nuestra relación con las cosas “desde fuera” (ex-plicación) en tanto “objetos de”..., para dar paso a una nueva forma de uso, y con ella de habitación, que supone el “hacer parte”... (implicación).

En este contexto, adquiere particular importancia el tema de ese gran *objetil* que es la ciudad, más aún, hablaríamos de ella como del *objetil* por excelencia del mundo actual;

un lugar en el que la movilidad se desdibuja y redibuja permanentemente en procesos simultáneos de desterritorialización y reterritorialización y donde el *collage* deviene pliegue y los dos a la vez aleatoria escritura molecular. ¿Cómo orientarnos allí?, ¿De qué manera?, ¿Qué permanece fijo en medio de esta fiesta de “irracionalidad” sin rumbo y, sobre todo, sin coordenadas estables que nos permitan saber donde estamos en realidad?, ¿No era acaso ese el papel del monumento, orientarnos, al darnos una certeza no sólo del espacio en el que estamos sino del tiempo en el que ya no estamos?, ¿Es acaso posible monumentalizar algo en la actualidad que no sea nuestra soberna evanescencia, nuestro paulatino y recurrente dejar de ser?

La verdad es que la ciudad ha dejado de ser un “escenario para la vida”, como pretendía Aldo Rossi, para convertirse, siguiendo con la analogía teatral, en guión, en complejo libreto donde permanentemente intercambiamos papeles y disimulamos roles, que es lo mismo que decir, los adoptamos fugazmente pues al final sabemos que nada dura. Pasamos así de la época de las *explicaciones* argumentales y, por tanto “cosicas” (el monumento se justifica históricamente y se manipula urbanísticamente) para habitar en una época de *implicaciones* que suponen de hecho un nuevo proyecto en el que el simple uso y con él, la señal y la referencia (atributos del monumento-objeto), es reemplazado por el juego de la habitación implicada en nuevas formas de orientación.

Con todo, el espacio de la ciudad es el mismo, sólo que ahora ha cambiado nuestra manera de orientarnos en él, así como también han cambiado nuestros modos de guiarnos y de comportarnos en medio de su resbalosa geografía; ¿de qué servirnos?, ¿de qué medio valernos?, ¿cómo habituarnos a esta nueva geografía porosa de la movilidad y, con ella, a esta nueva manera de movernos por la historia?

Al fin y al cabo, los ritmos de la ciudad hacen que siempre nos estemos desplazando *transversalmente*, no sólo entre sus diferentes espacios sino entre sus muy distintos tiempos. ¿Cómo no entender desde aquí ese intento desesperado de la planificación y, lo que es lo mismo, del poder, que es la sincronía?, es decir, el asumir que los espacios y los tiempos están coordinados “horizontalmente” de la misma manera y que, por tanto, pueden y de hecho deben obedecer a un mismo principio de razón, en el que por lo mismo se incorpora y justifica la idea de monumento.

Desde esta perspectiva, el “monumento”, como el “objeto”, no son más que un invento, una convención y, como hemos dicho, una *contra-dicción*, una *contra-estancia* respecto del mundo en el que se insertan ya que desconocen el lenguaje en el que se quieren inscribir puesto que su decir (su dicción) habla de otro lenguaje desde otro lenguaje también, ¿como entender lo que dice?, aunque la verdad es que eso a nadie le interesa ya que lo vaciamos de contenido para ponerlo a hablar con la ciudad de hoy que así se encarga de “resucitar” lo que antes vivió *re-habilitándolo*; hecho sólo en apariencia ya que lo que en verdad ocurre es que *traemos la momia queriendo traer al Faraón*.

El concepto de monumento implica, por tanto, una manera de querer traer a la vida algo que de hecho está muerto y que, por lo mismo, no dice sino que se le hace decir; ¿Qué mayor *contra-dicción* que querer hablar con quién no puede oír? A fin de cuentas, si el monumento habla lo hace desde un mundo ya ido, aunque forzosamente traído por él. ¿No implica acaso la monumentalización un deseo de diferenciación respecto de algo que

por naturaleza ya es diferente?, en esta medida, ¿No proporcionará esta negación de la negación una afirmación y, de tal suerte, una indiferenciación? Separándonos del monumento nos confundimos con él, lo introducimos en un espacio dispuesto para recibirlo: *el museo*, a través del monumento se museografiza la ciudad y, por lo mismo, se vuelve ella misma objeto de culto, de “reverencia”, dejando de ser ese “algo vivo” que por definición es desde siempre.

De otra parte, dejarlo sólo (no hablemos del monumento sino del *bien patrimonial*) ¿No propicia, en cambio, el que sea absorbido por la ciudad “des-monumentalizándolo”, o mejor, impidiendo que se monumentalice?, ¿No es su inherente vaciedad de contenido, lo que le permite permanentemente “reactualizarse”? No olvidemos que una perla no es otra cosa que una piedra absorbida y moldeada por los líquidos intestinales de una ostra. Si la ostra pervive a través de la perla es porque la ostra es la perla misma: el edificio es la ciudad y no una pieza más de su rompecabezas; así que si algo ha de caracterizarlo para realmente hacer parte de ella es su “sensibilidad”, su ser proclive a la permeabilidad. ¿Para que contentarnos con la momia cuando podemos, no “revivir” (restaurar), sino *avivar* al Faraón?

Por lo anterior, si algo caracteriza al “bien patrimonial” (hablamos, es obvio, de bienes patrimoniales inmuebles) es su estar siempre en el presente, puesto que como su nombre lo indica lo sentimos nuestro, no es algo traído de un distante y en alguna medida ajeno pasado, sino una expresión vigente e incorporada al mundo de hoy.

En esta medida, el dejar de hablar de “monumento” no sugiere simplemente buscar un nuevo nombre para una ya vieja relación, no se trata de que lo que antes llamábamos “monumento” ahora lo denominemos “bien patrimonial”, sino de establecer nuevas maneras de relacionarnos con aquello que dentro de la ciudad, independiente de la época en la que se incorporó a su estructura física y simbólica nos resulta significativo en la actualidad, es decir, aquello que es capaz de decirnos y, en consecuencia, proponernos algo hoy permitiéndonos viajar *transversalmente* por ella.

No obstante, habremos de inventar otra manera de nombrar aquello que, en consecuencia, cumpla ese papel “orientador” que antiguamente le otorgábamos a ese objeto-referencial (reverencial) que llamábamos monumento. Más aún, habrá que pensar, no sólo otro tipo de *referencia* dentro de la ciudad, sino otro tipo, insistimos en ello, de relación con la misma; una relación menos “escultórica”, más dinámica, más cercana a nuestra vida y, por lo mismo, más integrada a ese espacio urbano donde por excelencia nos desplazamos e interactuamos.

En el mismo sentido, la propia ciudad habrá de ser, no un simple espacio donde las cosas se ubican “en” un previo paisaje, sino un “relato” constituido por ellas de la manera más propia. Hoy en día que la palabra “interactivo” está tan en boga, ¿por qué no aplicarla a nuestros distintos modos de relacionarnos con tal clase de paisaje? Un paisaje que, en su disposición, de tal o cual forma nos muestra. Somos la ciudad, no somos simplemente usuarios o pobladores de ella, a fin de cuentas el patrimonio no solamente es algo que se hereda sino que, fundamentalmente es algo que se construye, que se moldea.

Desde aquí, este trabajo tiene un doble objetivo: en primer lugar, el de efectuar una reflexión epistemológica sobre la manera en que a través de estos últimos dos siglos la idea de monumento, y con ella la de “recuperación” del mismo, se ha ido transformando dentro del contexto de lo que parece ser una misma decisión política, la de “conservar”; y, en el segundo, el de llamar la atención sobre el inmenso anacronismo que la idea misma de “monumento”, o mejor, de lo que a pesar del paso del tiempo hemos venido llamando de tal forma, supone para la ciudad actual (es claro que, como señala el título de este trabajo, hablamos de contextos urbanos); reflexión que no tiene otro sentido que el de recalcar la necesidad de repensar el proyecto de la modernidad y, con él, su idea de historia y de historicidad a la luz de un nuevo pensamiento político (hablamos de y desde la *polis*) que involucre en consecuencia un nuevo pacto, también, entre el bien patrimonial y la ciudad.

En el primer caso, ya sea “restaurando” para “conservar” o conservando para no tener que hacerlo, de lo que se trata es de *mantener un orden de cosas y no de construir uno nuevo*; ¿Por qué no poner la conservación al servicio de un nuevo orden urbano donde la preocupación por la sustentabilidad supere en todo a la de procurar para la ciudad un estado simplemente “sostenible”?⁵ ¿Por qué no pensar en el movimiento, y con él en el cambio (en el sentido de lo que implica el “desarrollar”), como lo único merecedor de ser conservado?, ¿No supondría esto ya en si mismo la anticipación de un nuevo orden, o mejor, el reconocimiento de que somos sensibles al que de hecho la dinámica de la ciudad reclama?, ¿A que se debe esa especie de atávico temor al reciclaje, por que disfrazarlo o domesticarlo bajo la adormilada figura de la “rehabilitación” puesta al servicio casi exclusivo del turismo y la especulación?⁶

En el segundo, señalando la necesidad, no sólo de reconceptualizar la idea de bien patrimonial que por una u otra razón decidimos conservar, sino la de concebir tales bienes de una nueva manera estableciendo con, y desde ellos, nuevos modos de relación con el espacio urbano en el que se circunscriben y, a partir de él, con la ciudad. Si bien es necesario pensar en nuevos usos para edificios antiguos o para sectores enteros de la ciudad, se hace necesario, cada vez con mayor énfasis, el concebir a la ciudad más como una entidad porosa que como una compuesta de compartimientos estancos, por más que estos últimos garanticen, o sean concebidos, precisamente, para darle a los bienes patrimoniales una a todas luces necesaria seguridad tutelar respecto de la cual cabría

⁵ Es de aclarar que “al decir” latinoamericano, hablamos de *sustentabilidad* y no de *sostenibilidad* (denominación europea) ya que si bien ambos conceptos aluden a lo mismo, el equilibrio socio-ambiental como pauta y patrón del desarrollo, el uso que se hace de ellos varía según el enfoque del contexto geográfico y, ¿por qué no? político donde se apliquen. Para Latinoamérica es claro que de lo que se trata es de “sustentar”, sinónimo de “alimentar”, “cuidar” y, en alguna medida, “hacer crecer”; para Europa el asunto pasa por la idea de “sostener”, “preservar”, en última instancia, “mantener”, es decir, insistir en la perpetuación del modelo actual, como lo demuestra la definición de desarrollo sostenible que aparece en el informe Pearce: “que cada generación entregue a la siguiente un fondo de capital y un fondo total de recursos *al menos igual* del que ha recibido de la anterior”. De este modo, si bien la proximidad de los dos conceptos lleva a hablar de cosas parecidas para aludir a una misma preocupación, la conservación del patrimonio (natural y cultural) las diferencias son tanto más sensibles cuanto diferentes tendrían que ser las políticas a aplicar en uno y otro caso.

⁶ Si bien la re-habilitación es, a todas luces necesaria para muchos sectores deteriorados o abandonados de la ciudad, la idea de “rehabilitar por rehabilitar” o, mejor aún, la indiscriminada utilización del concepto para objetivos no siempre muy claros ni mucho menos transparentes, tiende a beneficiar muchas veces más a los intereses privados que a los del bien público.

pensar, en consonancia con lo planteado, en otras alternativas dispuestas y concebidas para cada caso.

En este sentido resulta tan anacrónico el concepto de “centro histórico”⁷ como el de “monumento” ya que en ambos casos se trata de la “anulación vital”⁸ tanto de un edificio como de un sector entero de la ciudad.

En cualquiera de los dos casos consideramos que no es nuestra responsabilidad con el pasado sino con el futuro la que nos debe preocupar, de la misma manera que, como señala un viejo proverbio holandés: “no heredamos la tierra de nuestros padres sino que la tomamos prestada de nuestros hijos”.

En este orden de ideas, y volviendo a nuestra preocupación central (la de desmontar la idea de monumento para establecer a través del resultado de esta operación una relación más viva con la ciudad), reiteramos que si algo nos recuerda permanentemente la ciudad es que frente a la realidad aparece la posibilidad, frente a la unidad la fragmentación, frente a la quietud, la movilidad; ¿a qué entonces nuestra especie de veneración religiosa por lo inmutable, y con ella, nuestro anhelo de atrapar “lo eterno” a través de lo que decae?. ¿Inmanencia o trascendencia?, ¿está hecha la historia de instantes o acaso de eternidad?, ¿es la eternidad una sucesión de instantes, o los instantes una trampa que ponemos a la eternidad?

El resquebrajamiento de la idea de unidad a develado la existencia bajo la piel de una máquina que no para: *la ciudad*, una máquina recalentada como querría Deleuze; convulso y conmocionado espacio repleto de fragmentos por todas partes, ¿Como ubicar allí un monumento?, más aún ¿Cómo llamar aquello que allí, cargado de ruido, nos sirve de orientación?, ¿Fin de la historia, o acaso fin de la geografía..?, ¿Por qué no pensar en nuevas formas de orientación?, ¿No son “monumentos” acaso los lugares “imaginarios” que narran las canciones de los aborígenes australianos?, ¿No les sirven acaso de orientación? De hecho recorren el inmenso desierto guiándose tan sólo por las referencias que, a través del tiempo en sus cantos, perviven de voz en voz.

⁷ A pesar de que uno de los conceptos que más a favorecido la protección del patrimonio cultural inmueble que constituye los cascos antiguos es el que tiene que ver con su denominación de “centros históricos”, no podemos desconocer que también es uno de los más ambiguos y, por lo mismo, más manipulados política y económicamente, a parte de ser factor decisivo en la compartimentación maniquea de las ciudades (al menos tal y como el término en sí mismo se entiende hoy en día). De ahí que nuestra crítica se concentre menos en el innegable valor tutelar que tal denominación proporciona a los bienes patrimoniales, que en el cuestionamiento radical a la manera como estos se contemplan, regulan y, de hecho, definen. Particularmente en lo que supone su “impermeabilidad” para las dinámicas urbanas (físicas y sociales) en que se circunscribe.

⁸ Nos referimos a la abrupta irrupción del orden turístico-museográfico que, normalmente supone la rehabilitación de un sector antiguo en los modos de vida de los habitantes tradicionales de estos “privilegiados” lugares de la ciudad, ya que si bien la “recuperación” de los mismos supone una mejora sensible en su valor económico (una valorización), el precio que tienen que pagar sus habitantes usuales (cuando es que por alguna rara excepción logran permanecer allí) pasa por una drástica modificación de sus hábitos, comportamientos y estilos de vida. En este sentido, si bien a los ojos de una mirada “desarrollista” tales sectores “re-viven”, lo hacen a costa de la supresión de la vida que ya tenían so pretexto de beneficiar a la comunidad “en general” al combatir, de tal forma, una supuesta disfuncionalidad social; sin desconocimiento, por supuesto, de que efectivamente ésta, en muchos casos exista; lo que aún no justifica el que las políticas de re-habilitación no contemplen, en la mayoría de los casos, el rescate tanto de una ideosincracia local, como de aquellas otras dinámicas sociales, no necesariamente disfuncionales, allí presentes.

5. El cambio de paradigma en la relación ciudad-monumento.

De acuerdo con lo dicho, y en atención al epígrafe que encabeza este trabajo, es claro que para Baudrillard precisamos de un pasado visible, de un *continuum* tangible que en consecuencia nos hable también de un "visible" mito de nuestros orígenes orientado fundamentalmente a tranquilizarnos respecto de nuestros fines.

Común denominador a esta pugna entre la homogeneidad y la heterogeneidad es la presencia sorda de un eco avasallador, de un ruido que lo inunda todo: el lenguaje ha dejado de significar, o mejor, hemos empezado a reconocer que en realidad no dice nada sino que le hacemos decir; de hecho creemos que "leemos" cuando la verdad es que lo único que hacemos es *interpretar*.

En este contexto aparece desdibujado por completo el monumento, perdido en este magma amorfo polivalente y poldireccional que es el mundo actual. Al parecer, como tantas cosas, ha sido víctima de su propia anacronía, de su propia incapacidad para adaptarse al "espíritu de los tiempos", ¿O será que la idea misma de monumento, entendida desde la naturaleza y dinámica del mundo actual es en sí misma anacrónica?, ¿No será esto lo que nos quiso decir Charles Moore con su Plaza Italia de Nueva Orleans? ¿Monumento de qué y para qué?, ¿Quién decide que merece conservarse y, en consecuencia, valorarse de tal forma?

Después de todo, la palabra monumento no es otra cosa que la manera decimonónica de llamar a un determinado bien patrimonial; melancólica reivindicación chauvinista de un pasado inmemorial congelado museísticamente para esa entelequia abstracta que llamamos "la posteridad". Baúl de cosas viejas con las que no sabemos que hacer y no arrojamos a la basura por respeto a la memoria de la abuela que nos lega a través de ellas un pedazo de "su" mundo y nos invita a tratar de entender lo inentendible, lo que de hecho es incomunicable de una época a otra.

Con el surgimiento de la ciudad moderna tras la revolución industrial la pérdida paulatina de escala que tal situación traía consigo requería del establecimiento de "puntos ciertos", de articulaciones verticales que atenuaran de alguna forma la apabullante horizontalidad que suponía la expansión física y simbólica de la ciudad. La respuesta decimonónica no podía ser otra, tenía que monumentalizar, también esta época, como la nuestra, arrastraba con el siglo anterior, con otra manera de ver las cosas, el romanticismo del siglo XIX cargaba (y de hecho se retroalimentaba) con el neoclasicismo del XVIII y su espíritu academicista, ilustrado y enciclopédico; había que hacer de la huella un testimonio, una prueba irrefutable de que el mundo viaja en la dirección correcta, de que no nos hemos equivocado de rumbo, de que sabemos evolucionar... *En realidad nunca nos ha interesado el pasado, nunca hemos creído en él, tan sólo lo hemos utilizado políticamente para encontrar una razón de ser para nuestra propia historia carente de historia.*

El monumento ha cumplido el papel de encarnar ese pasado visible, aunque en realidad a través de él poco vemos de aquél, ya que lo que seleccionamos para conservar es sólo aquello que nos permite editar la historia (o mejor, los acontecimientos) de una u

otra manera, pero eso sí, siempre convincente: la verdad no es necesaria, a fin de cuentas ella también es un invento, una creación de los juristas. Hoy en día nadie cree en la verdad, nos basta la verosimilitud, la cómoda realidad del “como si...” ¿Quién quiere ir a las cuevas de Altamira cuando podemos tener de ellas una copia exacta en un museo? Los tiempos de las peregrinaciones han pasado ya.

Para nadie es un secreto que la historia siempre ha sido escrita por los vencedores y la época que vivimos no es, ni mucho menos, la excepción; ahora los vencedores, actuales editores de la historia, somos nosotros, hemos comprendido finalmente que la historia son muchas cosas, nuestra verdadera victoria ha consistido en demostrar que no hay una única historia y, por lo mismo, que la historia como tal no existe, ¿qué podemos monumentalizar entonces?, ¿a que le vamos a rendir tributo? La idea de monumento es tan anacrónica como la de que la historia tiene un final, un *telos* hacia donde dirigimos y, en consecuencia, una razón de ser de lo que pretendidamente somos en realidad.

Por otra parte, la emergencia contemporánea de la ciudad y su incontenible desbordamiento, el desbordamiento de lo urbano en cuanto tal, nos hablan de un nuevo marco para la valoración patrimonial en el cual la contracción del espacio, inversamente proporcional a la expansión del tiempo en el cual se inscribe la velocidad, aportan un escenario más móvil, inaprehensible y flexible que el de la ciudad clásica de la modernidad; por todas partes, particularmente en la megaciudad, encontramos fragmentos de ese universo roto que espacial y conceptualmente la entran a caracterizar, son los “nuevos monumentos” de la contemporaneidad hechos de humo y de viento, hechos, como todo hoy en día, para no durar; su naturaleza, que de cualquier forma responde a un determinado *Zeitgeist*, no puede, por lo mismo, atender más que a lo efímero, a los objetos-evento de Baudrillard, a los sucesos, a los acontecimientos que, como en el caso de los conciertos de Rock, “monumentalizan” el instante creando una nueva noción espacial en la que la complicidad entre el escenario, la música y los “efectos espaciales” son prueba y testimonio, como lo han sido siempre los monumentos, de una nueva realidad ¿Cómo no reconocer aquí un bien patrimonial?

La direccionalidad ha sido al fin vencida por la relacionalidad y, en consecuencia, la piedra muerta que demarcaba específicas orientaciones al interior de la ciudad es reemplazada por el valor parlante de un bien patrimonial que por ser resemantizado resulta vivo y, en tal medida, apropiado por la comunidad; allí, en medio de cualquier parte, sorprende al caminante; su antiguo estatuto religioso de “monumento” pierde peso, se hace ligero y es finalmente absorbido por cualquiera de los muchos intersticios que caracterizan la evanescente estructura de la ciudad.

Bibliografía

BAUDRILLARD, J. (1993a). *La precesión de los simulacros*, Ed. Kairos, Barcelona.

_____ (1993b). *Cultura y Simulacro*. Ed. Kairós. Barcelona.

_____ (1985). *El sistema de los objetos*, Ed. Siglo XXI, México.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Pre-textos. Valencia.

DONAIRE, J. A. (1993). "El turismo en una sociedad postindustrial. Algunas propuestas conceptuales", en *La formació, la rehabilitació i les noves modalitats turístiques en turisme*. III Jornades de Geografia del Turisme. Ed. Servei de Publicacions de la Universitat de les Illes Balears. Illes Balears.

DRI, R. (2008). *La fenomenología del espíritu de Hegel. Perspectiva Latinoamericana*. Ed. Biblos. Buenos Aires.

GARCIA M. G. (2007). *Cien años de soledad*. Ed. Alfaguara. Madrid.

HEIDEGGER, M. (1993). "Construir, habitar, pensar", en *Ciencia y Técnica*. Ed. Universidad Santiago de Chile. Santiago.

_____ (1970). "El arte y el espacio", en *Revista Eco*. Tomo XXI/2. Nº. 122. Bogotá.

_____ PAZ, O. (1989). *El Laberinto de la soledad*. Ed. FCE. México.

FOUCAULT, M. (1994). *Un diálogo sobre el poder*. Ed. Altaya. Barcelona.

ROSSI, A. (2004). *La arquitectura de la ciudad*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

SASSEN, S. (1999a). *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*. Ed. Eudeba. Buenos Aires.

_____ (1999b). *Cities in a World Economy*. Ed. Pine Forge Press. Thousand Oaks.

_____ (1996). *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization. The 1995 Columbia University Leonard Hastings Schoff Memorial Lectures*. Ed. Columbia University Press. Nueva York.

YORY, C.M. (2006). *Ciudad, Consumo y Globalización: caracterización de las grandes metrópolis en el comienzo de siglo. Una mirada desde la relación entre consumo y sociedad*. Prólogo de Armando Silva. Ed. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

_____ (2005). *Topofilia, Ciudad y Territorio. Una estrategia pedagógica de desarrollo urbano participativo, con dimensión sustentable, para las grandes metrópolis de América Latina en el contexto de la globalización. El caso de la ciudad de Bogotá*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.

_____ (2002). *Del Monumento a la Ciudad*. Centro Editorial Javeriano (CEJA). Bogotá.